



San Juan de Ávila 2011

Lecturas:

Primera lectura: 1 Pedro 5, 1-4; Lecc. V; n. 13; pág. 353-4.

Evangelio: Juan 15, 9,17; Lecc. V; n. 11; pág. 362.

Queridos hermanos sacerdotes, seminaristas y familiares:

En nombre de todos los presentes saludo con cordial afecto y expreso nuestra felicitación a los queridos hermanos Francisco García García, Tomás Hernández de Castro, Leandro Lozano Escribano, Domingo Martín Vicente, José María Velasco García, Dionisio Castillo Caballero, Francisco de Asís Vicente Vicente y José María de Vera Fernández, que celebran hoy las Bodas de Oro de su ministerio sacerdotal.

Igualmente felicito con vosotros a los queridos hermanos José Carlos López Alejo, Pedro Sánchez Rodríguez, José Luis Tejedor Pérez, José Ángel Madrid Gómez y José Francisco Martín Rodríguez, que celebran sus Bodas de Plata.

También saludo a los queridos hijos Andrés González Buenadicha y Daniel Sevillano Pascua, que serán instituidos hoy en el ministerio de Acólitos. A través de ellos dirigimos con ardiente esperanza la mirada al futuro de la misión sacerdotal en nuestra diócesis. Y con un solo corazón elevamos nuestra oración al Señor para que siga fortaleciéndolos en el gozoso camino vocacional que los acerca ya a su ordenación diaconal y sacerdotal.

Permitidme que exprese mi especial alegría porque en esta celebración nos unimos fraternalmente en la acción de gracias a Dios, por el gran don del sacerdocio, presbíteros que ejercemos actualmente el ministerio en la Diócesis de Salamanca, aun estando incardinados en alguna otra diócesis o perteneciendo a institutos de vida consagrada o sociedades de vida apostólica. Es un hermoso signo de comunión eclesial en el ministerio y en la acción de gracias.

Todos nos sentimos destinatarios de las entrañables palabras del Señor en el fragmento evangélico hoy proclamado: *“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mí amor”*.



Permanecer en el amor de Jesús, en el seguimiento fiel de sus mandamientos, es el camino de nuestra participación en la plena alegría que Jesús experimenta en la comunión de amor con el Padre.

Jesús nos dice lo mismo también de otra manera: su mandamiento: ***“amaos unos a otros como yo os he amado”*** indica el camino para que ***“vuestra alegría llegue a plenitud”***.

A todos los discípulos se dirige la declaración de Jesús como **“amigo”** y a todos da a conocer los secretos del Padre; y es Jesús quien libremente elige a sus amigos. Pero estas manifestaciones de elección y amistad tienen sin duda una referencia del todo especial a los sacerdotes, que hemos sido elegidos por él, por pura gracia, para permanecer en su amor cuidando con fiel solicitud de su rebaño.

En la fiesta de San Juan de Ávila, nuestro patrón, modelo e intercesor, damos gracias al Señor que nos ha llamado al ministerio sacerdotal por un misterioso designio de amor. Así nos lo recuerda la misma palabra de Jesús: ***“A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure”*** (Jn 15, 16).

Damos gracias a Dios porque hemos sido llamados a la misión de Jesús, que nos ha introducido en su mismo misterio de Hijo de Dios, Mesías Siervo-Salvador, Sacerdote eterno; y nos ha configurado con él por el sacramento del orden, para ser dispensadores y administradores de sus misterios de salvación (1Co 4, 19) en la Iglesia y para el mundo. Jesucristo, el Buen Pastor, es nuestra permanente referencia en nuestro oficio de ***“pastores del rebaño de Dios”***, ***“que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo”*** (Hech 20, 28). Por ello, nuestra forma de ser pastores es la que procede del amor a quien nos ha amado hasta el extremo y ha dado la vida por sus amigos. En consecuencia, ejercemos un oficio de amor que lleva consigo necesariamente ser ***“testigo de los sufrimientos de Cristo”*** con libertad, ***“no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere”***, y anhelar como única ganancia la gloria de Cristo ***“que va a manifestarse”***, es decir, vivir en la esperanza de la aparición del supremo Pastor, para recibir entonces de él, ***“la corona de gloria que no se marchita”***. Así hemos de convertirnos ***“en modelos del rebaño”***.

En el fiel desempeño de esta misión nos ha regalado también el Señor el modelo de santos pastores, que, como Juan de Ávila, han hecho de su vida y ministerio un “*amoris officium*”, que representa una realización auténtica del Evangelio.

En efecto, la gozosa celebración de la fiesta de San Juan de Ávila nos ofrece el modelo de una espiritualidad personal, una existencia ministerial y una doctrina teológica armónicamente integradas y centradas en la experiencia del amor de Dios; no en el amor que estamos obligados a mostrar a Dios, sino **en el amor que nos ha mostrado quien nos ha amado primero**. Con su enseñanza y testimonio de vida San



Carlos López Hernández

Juan de Ávila quiere llevarnos a hacer propia su misma experiencia personal de sentirse amado por Dios. **Dios** nos ha manifestado que *“es amor”* ante todo en la **Cruz de Cristo**. En ella encontró Juan de Ávila **el origen de su nuevo ser sacerdotal y apostólico**

La celebración de la fiesta de San Juan de Ávila es una ocasión propicia para dar gracias a Dios por los dones con que ha bendecido nuestro ministerio. Hoy hacemos el elogio de la fidelidad sacerdotal como obra de Dios.

Con admiración y gratitud tenemos hoy presentes a todos los sacerdotes que con fidelidad acercan a diario a los fieles las palabras y los gestos de Cristo y se esfuerzan por identificarse con Cristo en su forma de pensar, en sus sentimientos y deseos, y en su forma de vivir. Es necesario valorar sus esfuerzos apostólicos en un momento tan difícil de la evangelización, su servicio tantas veces oculto pero eficaz e infatigable, y su caridad que no excluye a nadie. Y más allá de los frutos cosechados, hay que valorar la fidelidad de los sacerdotes a su vocación de “amigos de Cristo”, personalmente elegidos y enviados por Él.

Quienes a lo largo de 25 y de 50 años han mantenido la fidelidad al Señor y a la Iglesia en el ejercicio del ministerio sacerdotal, han alcanzado un grado notable de madurez humana y espiritual, como fruto de la gracia de Dios y de su perseverante esfuerzo. La fidelidad en el amor al Señor, que resiste al desgaste del tiempo, es una característica de la existencia sacerdotal y una señal de madurez.

Esta madurez sacerdotal se va alcanzando en un proceso que asegura la vivencia de la propia identidad como elemento integrador de su vida y tareas, a través de las diversas etapas por las que atraviesa la vida física y psicológica del sacerdote, condicionada también por la influencia del ambiente cultural y religioso de la sociedad. Cada etapa o edad tiene sus capacidades y riesgos, sus recursos y tentaciones, en el camino hacia la santidad y a la perfección de la caridad en el mismo ejercicio del ministerio sacerdotal.

Los sacerdotes jóvenes, de 25 a 40 años, tienen como meta y tarea llegar a ser realmente en la vida y en el ejercicio del ministerio lo que son por la gracia del sacramento, es decir, "sacerdotes".

La ordenación nos hace sacramentalmente presbíteros. La vida y los trabajos de los primeros años nos hacen existencialmente pastores. La unidad de toda la persona en torno a una opción ministerial es una tarea laboriosa y alcanzable de forma progresiva.

Los curas jóvenes inician el ministerio con ilusión e intensidad. Existe una primera identificación emotiva e intensa con el ministerio, que necesita ser consolidada en todas las dimensiones de la vida y del trabajo sacerdotal. La dificultad de identificarse realmente con el ministerio es hoy más difícil para los sacerdotes jóvenes por las circunstancias adversas en las que tiene que realizarse.



Los sacerdotes de mediana edad, desde los 40 a los 60 años, están llamados a la “segunda conversión”.

En la mitad de la vida los sacerdotes atraviesan una “situación de cambio y decisión”. Se trata de una ocasión propicia para la maduración personal y ministerial mediante la **aceptación definitiva del señorío de Dios en nuestra vida**. Esta es la segunda conversión, con una profunda experiencia de encuentro con Dios, que nos libera de vinculaciones y apegos a lo superfluo, para aceptar radicalmente a Dios como Dios y ponerlo como centro de nuestra vida. Así, Cristo se nos convierte en una persona viva y real; cercana, confidente; y lo sentimos como Señor nuestro, Salvador, maestro y amigo entrañable del camino. Esta segunda conversión hace surgir el sacerdote maduro y serenado, que ve y acepta las limitaciones, las insuficiencias y miserias de la vida, pero prosigue su tarea con esperanza firme, con decisión y renuncia, en gozosa fidelidad.

Los sacerdotes mayores, de 60 a 75 años, se van acercando a la realidad “del hombre sabio” y a ser valiosos maestros y formadores de otros sacerdotes.

En esta edad disminuyen las facultades mentales y físicas y, por tanto, la capacidad de hacer; de ahí puede seguirse una conciencia de valer menos. Pero, de hecho, la actividad de los sacerdotes en esta edad contrarresta el efecto de los síntomas referidos. La situación de penuria vocacional obliga a trabajar con sesenta y cinco años y más como si tuvieran cuarenta y cinco; y esta situación les ayuda a mantener la vitalidad y la generosa entrega, así como el gozo en el trabajo.

La gran tarea espiritual de esta etapa de la vida es convertir la experiencia en sabiduría humana, espiritual y pastoral. La sabiduría se refleja en la serenidad para aceptar la limitación, en la superación del afán de actividad, en la moderación de la impaciencia y nerviosismo, y en el equilibrio entre oración y trabajo, así como en el aprendizaje del arte de envejecer, cultivando la dimensión espiritual del desprendimiento y de la sabiduría de la cruz.

Por su parte, **los sacerdotes ancianos, de más 75 años, tienen como tarea espiritual dejarse amar por Dios. Es la etapa de la jubilación**, que tienen que comprender y vivir como preparación inmediata al encuentro definitivo con Dios, dejando que sea Dios quien dirija la vida y pasando del temor a la muerte a su gozosa aceptación, con la esperanza puesta en la vida eterna.

La oración del sacerdote anciano podría ser: “Señor, un día me elegiste, me llamaste y me incorporaste al grupo de tus amigos. Me invitaste a amarte desinteresadamente: a ti, a los tuyos y a tu proyecto de salvación. A lo largo de mi vida me he afanado en amarte y serte fiel. Ahora, en los últimos años de mi vida, quiero descansar: **¡ sólo aspiro a dejarme amar por Ti!**

Que San Juan de Ávila nos conceda la gracia de hacer realidad estas aspiraciones, para que nuestro ministerio pastoral sea luminoso y ejemplar para los fieles en todas las



Carlos López Hernández

etapas de su vida cristiana, y alcancemos con ellos la corona de gloria que no se marchita.